

# «Era en los últimos días de marzo». Notas manuscritas de Elena Fortún sobre su salida de España hacia el exilio\*

INMACULADA GARCÍA CARRETERO

RESUMEN: Elena Fortún, escritora conocida sobre todo por sus escritos para niños, escribe sus relatos basados en su biografía y en la observación cuidadosa de la realidad que le rodea. Prueba de ello son las notas previas que redacta antes de componer sus novelas.

*Palabras clave:* Elena Fortún, memorias, cartas, exilio.

ABSTRACT: *Elena Fortún, a writer known for her publications for children, writes her stories based on her biography and careful observation of the reality that surrounds her. Proof of this are the previous notes that she describes before writing her novels.*

*Keywords:* Elena Fortún, memoirs, letters, exile.

Entre los muchos documentos autógrafos de Encarnación Aragoneses, Elena Fortún, que se encuentran en su archivo personal en la Biblioteca de la Real Academia Española,<sup>1</sup> hay dos fragmentos breves que relatan, a modo de diario, sus vivencias más íntimas sobre los últimos días que pasó en España antes de su partida hacia el exilio y, después, el viaje y la llegada a Francia.

Uno de ellos lleva como título «Cómo salí de España». Este texto narra su experiencia en los últimos días que pasó en Madrid antes de partir hacia Valencia y de allí a Francia en barco; tenía la intención de ir des-

\* Agradezco a D. Pedro Álvarez de Miranda, académico bibliotecario, su apoyo para la publicación de estas memorias inéditas. Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto I+D Ministerio de Ciencia e Innovación, *Epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936* (Ref. PGC2018-095252-B-I00).

<sup>1</sup> Cfr. Inmaculada García Carretero, «El archivo personal de Elena Fortún en la Biblioteca de la Real Academia. Un fondo desconocido», *Boletín de Información Lingüística de la Real Academia Española*, N.º 11, 2019. pp. 125-166.

pués a hacia algún destino en América del Sur con su esposo Eusebio. Se trata de diecisiete cuartillas numeradas, escritas a mano, sin corregir.<sup>2</sup> Lo que aquí se narra es después vertido en los últimos capítulos de su novela *Celia en la revolución*. La experiencia vital de la autora se vuelca en el personaje de Celia<sup>3</sup> que, en este libro, se ha quedado sola en Madrid y decide irse para reunirse con sus hermanas y Valeriana –la mujer que cuida de las niñas–, que están en Francia, evacuadas. Como Celia, Encarna va en un coche proporcionado por la Casa vasca hacia Valencia, donde es avisada de que su barco zarpa a las tres de la tarde. Aquí acaba el texto, justo antes de embarcar; de la misma forma termina la novela *Celia en la revolución*.

El segundo texto, que es el que ofrezco íntegro en este artículo, no lleva título. Comienza así: «Era en los últimos días de marzo...». Se trata de cuatro hojas tamaño folio, también numeradas y escritas por las dos caras, manuscritas. Lo que se narra en ellas puede ser una continuación del texto comentado antes; ambos textos se encuentran en la misma carpeta del archivo mencionado.<sup>4</sup>

Gracias a estas notas manuscritas se puede comprobar parte del proceso de creación de la autora. Sus primeras impresiones sobre una vivencia son escritas, anotadas. Pero en este primer momento ya lo hace de forma literaria. No se trata de apuntes y tampoco es propiamente un diario; se trata de un borrador de sus experiencias, novelado ya, para luego ser aprovechado para su obra literaria. Ella lo llamará *memorias*. Quizá se refiera a ellas en una carta de 1943:

Comencé *Celia en la revolución* y antes de venir rompí los cuatro capítulos que tenía hechos, que eran de una ternura y emoción que no sé si ya podré rehacer. Luego comencé mis memorias en los primeros días de estar aquí y hace unos días las encontré. Como aún los acontecimientos estaban frescos y no había caído sobre ellos esta ceniza de América, me impresioné al leerlos, y me prometí continuarlos, pero por ahora no tengo tiempo (carta a sus hijos, Buenos Aires, 14 de enero de 1943).

Parte de esas memorias podrían ser estas páginas manuscritas que narran su salida de España.

<sup>2</sup> Estas memorias han sido editadas como apéndice en la reciente reedición de *Celia en la revolución* en la editorial Renacimiento (2020).

<sup>3</sup> *Celia en la revolución*, Aguilar, 1987. Este personaje es protagonista de toda una saga familiar que comprende veinte libros, publicados en España entre los años 1933 y 1951 con gran éxito de ventas. *Celia en la revolución* permaneció inédito hasta 1987, cuando fue recuperado por la profesora Marisol Dorao, biógrafa de Elena Fortún.

<sup>4</sup> Archivo personal de Elena Fortún, caja 1, carpeta 7.

Es posible que estas notas tuvieran como destino otra novela: *Celia camino del destierro*. No se tienen noticias de este libro más que por dos menciones que hace Encarna en dos cartas que escribe a su hijo Luis y a su esposa (a quienes llama hijos) contándole sus proyectos literarios, como era habitual entre ellos.<sup>5</sup> En estas cartas que envía de forma continuada a sus hijos hay numerosas anotaciones sobre lo que está escribiendo; es la forma que tenemos de conocer qué tenía entre manos y las razones que la llevaban a escribir lo que escribía, ya fueran artículos que publicaba en diversos periódicos argentinos, ya fueran sus novelas de la saga Celia u otro tipo de novela o cuentos.<sup>6</sup> Incluso cuando no es posible escribir nada, también es relatado en sus cartas.

No puedo escribir, Luis. ¿Cómo quieres que tenga yo el cerebro ahora en condiciones de trabajar? En el barco tuve alucinaciones, aún sigo oyendo gritos dentro de la cabeza... ¡No puedo pensar! (Séte, 12 de abril de 1939).

No es hasta el año 1943 que Elena Fortún decide narrar estos acontecimientos de su biografía. Es el año en que escribe *Celia en la revolución* y el año en que intenta escribir *Celia camino del destierro*. Antes de esta fecha había trabajado duramente en otros asuntos. Nada más llegar a Buenos Aires, Encarna empezó a trabajar en el periódico *El Sol* por mediación del empresario y periodista Natalio Botana,<sup>7</sup> donde publicó artículos de curiosidades y anécdotas. En España se publica *Celia madrecita* y *Travesuras de Matonkiki*, (1939 y 1940 respectivamente) escritas antes del exilio. Aguilar le encarga *Celia institutriz en América* y otro libro sobre algún personaje de la misma saga, dirigido a niños pequeños. Consigue publi-

<sup>5</sup> Encarnación Aragonese tenía dos hijos, Luis y Manuel; este murió a la edad de 10 años. Tanto Encarna como su esposo, Eusebio, llaman *hijos* a Luis y a su esposa Ana María, que se exiliaron en Estados Unidos.

<sup>6</sup> Cfr. Dorao, Marisol, «Nuevas aportaciones a la bibliografía de Elena Fortún. Escritos de Buenos Aires», *Lazarillo, Revista de la Asociación de Amigos del Libro Infantil y Juvenil*, 2000, n.º 1, págs.29-38. En realidad, no les da cuenta de todo lo que hace, pues hay textos que ella escribió que en un principio no tuvo intención de publicar y que, por su temática, no era el tipo de producción que le gustara compartir con su familia. Muestra de ello es la novela *Oculto sendero* publicada en 2016 por la editorial Renacimiento y la inédita *El pensionado de Santa Casilda*.

<sup>7</sup> «*Crítica* y su director Natalio Botana llegaron a constituirse en los principales actores en la defensa de la República Española primero y de los refugiados republicanos después», Dora Schwarzstein, «La llegada de los republicanos españoles a la Argentina», *Clío History and History Teaching*, n.º 19, 2000.

car *Celia lo que dice* en Argentina (1940) adaptando el lenguaje castellano al lenguaje argentino. También escribe y publica en Buenos Aires *Pues señor...* en 1941; da cursos sobre el cuento y participa en un programa de radio. Pero la escritora tiene la necesidad de escribir sus memorias, lo vivido durante esos extraños y difíciles días de la guerra. Han pasado más de tres años de su llegada a Argentina, pero quiere escribir esa novela y su continuación.

... la verdad es que estoy deseando empezar una novela que llevo dentro de mí desde que salí de Europa y es la historia de la revolución vista por una niña. A veces pienso si sería mejor hacer una cosa más personal y escribir mis memorias de aquellos días... no sé (carta a sus hijos, Buenos Aires, 14 de enero de 1939).

Cuando se publicó *Celia en la revolución*, Marisol Dorao, editora de esta novela, declaraba que con este libro se llenaba un hueco argumental que nos había dejado la serie de Celia. *Celia madrecita* (Aguilar, 1939) terminaba el 17 de julio de 1936 y el siguiente libro de la serie –con el personaje de Celia como protagonista–, *Celia institutriz en América* (Aguilar, 1944), comienza con la llegada de esta y su familia en un barco a Buenos Aires, desolados y arruinados, sin una explicación clara de lo que había ocurrido; los lectores podían adivinar que lo que había ocurrido había sido la Guerra Civil, aunque los lectores niños no se ocuparan de ese dato. La familia Gálvez iba a América a trabajar, a vivir, pues el tío Rodrigo ya estaba allí instalado. *Celia en la revolución* termina con Celia embarcando en el puerto de Valencia hacia Marsella; pero el viaje hasta Francia, el encuentro con sus hermanas y posteriormente con su padre, su vida en Francia hasta conseguir un pasaje y la salida hacia Argentina, no se narra. Este otro vacío argumental debía llenarse con este otro libro proyectado. Estas notas, que ahora salen a la luz, son el germen de esta nueva novela:

... después de este libro [*Celia en la revolución*] escribiría *Celia camino del destierro* y sería la huida por Valencia, Italia, Francia y hasta la salida a América. Por último, haría esta que llamo *Celia institutriz en América* y que tendría más nervio y más interés con las otras dos delante (carta a sus hijos, Buenos Aires, 14 de febrero de 1943).

Ella sabe que hay un vacío entre las dos novelas *Celia madrecita* y *Celia institutriz*. En agosto ya tiene terminada la novela *Celia en la revolución* y trabaja en *Celia institutriz*, que es el libro que Aguilar le ha pedido. Ha trabajado en un libro que sabía que no podía publicar y ha proyectado otro que tampoco podría ser publicado. El obstáculo era que estos libros «no

darán gusto ni a unos ni a otros», ella sabe que se encuentra en una situación complicada, entre dos fuegos.

Lo único que haría con gusto es *Celia en la revolución*, que podrían ser una especie de memorias mías y que, como lo he vivido, lo llevo dentro aún. También haría *Celia camino del destierro*, pero estos libros no podrían publicarse ahora en España y además no darán gusto ni a unos ni a otros. En fin, procuraré hacer esa novela rosa de *Celia institutriz* que tengo comenzada hace dos años y que no marcha porque no me interesa (carta a sus hijos, Buenos Aires, 8 de marzo de 1943).

Elena Fortún escribía para niños; pero las novelas escritas en el exilio son diferentes, no tienen claramente un destinatario infantil. *Celia institutriz en América* es, según ella, una «novela rosa», sus destinatarios debían ser las chicas de 15 años; pero en realidad esta novela es mucho más que eso, más que un Celia más. Se trata de una novela de iniciación, de viaje, de descubrimiento de la edad adulta y de la propia identidad, y que todavía merece una nueva revisión.<sup>8</sup>

No podemos tener la seguridad de que llegara a escribir *Celia camino del destierro*, pues no vuelve a hablar de ella en sus cartas ni tampoco se conserva ningún otro borrador con este tema. Encarna, como Celia, embarcó en el puerto de Valencia. Aunque más bien sería al revés. Celia vive las experiencias de Encarna.

Este fragmento, que debía servir para el comienzo de esta nueva novela, cuenta su viaje en barco desde Valencia, la llegada a Séte (Francia), el miedo, la inseguridad de lo que pasará; los problemas de aquellos que viajan con ella. Estas mismas angustias están reflejadas también en las cartas que después de esos días puede escribir a sus hijos y a Eusebio, una vez que ya está instalada en Séte. Su hijo Luis, su nuera Ana María y su esposo Eusebio, están en Suiza y allí reciben sus cartas. Ella queda en Séte en espera de un visado y en espera de decidir qué es lo mejor para todos, hacia donde dirigirse: si a Suiza, México, Chile o Argentina.

El manuscrito de *Celia en la revolución* que Marisol Dorao recibió de manos de Ana María Hug de Gorbea, esposa de su hijo Luis, es un borrador; la escritora no llegó a corregirlo, porque nunca pensó que pudiera ser publicado.

<sup>8</sup> Nuria Capdevila Argüelles editó esta novela en 2015 en la editorial Renacimiento. Su prólogo constituye un estudio y nueva lectura de la novela. Esta editorial edita la obra de Elena Fortún en una colección que lleva el título de *Biblioteca Elena Fortún*. Es una muestra del interés que despierta actualmente esta autora.

El otro libro, *Celia camino del destierro*, se quedó precisamente en el camino.

En estos días he acabado *Celia en la revolución* que por ahora no se podrá publicar, pero que tal vez más adelante tenga gran éxito. Ahora estoy haciendo en todos los ratos que puedo *Celia institutriz*. Ya va muy bien y creo que tiene un ambiente exótico que ha de gustar mucho por allá (carta a sus hijos, Buenos Aires, 15 de agosto de 1943).

En esta carta ya no menciona la novela que se encuentra entre estas dos. Quizás fueron otros proyectos, otras sensaciones y emociones los que la apartaron de esta escritura. *Celia camino del destierro* era una novela quizás demasiado amarga para poder ser escrita.

En el inventario del archivo personal de la escritora se adjudica de manera posible este texto a Eusebio de Gorbea. Dice así: «Notas manuscritas probablemente de Eusebio de Gorbea que relatan la salida de España hacia el exilio». Incluso hay un sobre (vacío) con el título «Memorias» en letras mayúsculas escritas con un lápiz encarnado y un subtítulo que dice «Eusebio», escrito en letras minúsculas, pequeñas, a lápiz. Pero no es así. No se trata de memorias de Eusebio. Este texto lo escribió Encarnación Aragoneses, quien narra sus vivencias que pueden ser rastreadas en sus cartas de 1939.

Este es el texto que escribió Elena Fortún:<sup>9</sup>

Era en los últimos días de marzo, de ese trágico marzo del 39, cuando algunos españoles leales conseguían la suerte inesperada de embarcar en el ~~pu~~ los puertos de Valencia, de Alicante o Cartagena para salvar su vida, dejando sus hogares, el modesto bienestar adquirido con su trabajo en toda una vida, los afectos queridos, el suelo y el cielo que vieron al nacer...<sup>10</sup>

Era en aquellos terribles días en que se derrumbaban los últimos baluartes de piedra y de fe en los hombres... las tropas de Franco entra-

<sup>9</sup> Se han corregido las erratas evidentes y se regulariza la acentuación y la puntuación siguiendo la norma actual, así como el uso de las mayúsculas. Se respetan las tachaduras propias de la condición de borrador del fragmento. En cursiva se señalan los extranjerismos y vulgarismos.

<sup>10</sup> «... en marzo de 1939, solamente consiguieron huir de España poco más de 12.000 republicanos» a través de los puertos de Alicante, Cartagena y Valencia. José Miguel Santacreu Soler, «La huida imposible: el fracaso de las gestiones del Consejo Nacional de Defensa en marzo de 1939», *Ebre* 38, n.º 6, 2011, pág. 82.

ban en las capitales, pasaban de pueblo en pueblo, hacían kilómetros y kilómetros en pocas horas porque ya el pobre pueblo vencido no oponía resistencia. ¡Todo perdido! Los jefes se habían marchado, los comunistas se revolvían en un último espasmo que venía de lejos y ~~solo~~ un puñado de hombres honrados trataba en Madrid de dar dignidad a la entrega de un pueblo bombardeado, destrozado, cubierto de sangre, hambriento y moribundo...<sup>11</sup>

Y fue entonces cuando algunos afortunados consiguieron embarcar en los puertos de Valencia, de Alicante y Cartagena. Eran periodistas, alcaldes de pueblo, miembros de los comités provinciales... y las mujeres y los niños de estos hombres. ¡Salvar la vida! Salvar ya lo único que podía salvarse. ¡Francia! Francia la bien amada. La que dio un sentido nuevo a la vida con su revolución, con su filosofía y su literatura. La maestra del siglo XIX, el cerebro del mundo... ~~la que dio un sentido humano a la vida recogiendo~~ recogió siempre a los proscritos. Así lo hizo en la Guerra de la Independencia, cuando los afrancesados volvían a ella sus ojos; así en las guerras carlistas; así con los blancos rusos; y con los austriacos, y con los judíos alemanes, y con los checoslovacos... ¡Francia, madre ~~nuestra~~ espuriada<sup>12</sup> (*sic*) del mundo!

Los barcos que recogían a los españoles, viejos barcos pequeños, tripulados por valientes que exponían su vida, no sé<sup>13</sup> si con un fin humano o económico, abrían sus bodegas hondas y oscuras a la pobre piara dolorida... Allí los pobres viejos, las madres enfermas, los niños aterrados... todos los que constituían la familia del jefe hombre socialista o republicano que había defendido ideas de justicia y libertad.

Y en el momento de embarcar, con toda la familia acomodada en montón sobre las tablas de la bodega, una voz se alzaba en el puerto: «¡No pueden embarcar los hombres en edad militar!».

~~Y el~~ El barco se hacía a la mar y allí en el puerto quedaba el jefe de cada familia, viendo alejarse el barco... Uno más resignado o más optimista decía:

—Bah, no hay que apurarse, ya ellos están en salvo. En Francia nos esperarán y si nos matan aquí, Francia los amparará...

<sup>11</sup> «El 26 de marzo de 1939 las tropas franquistas iniciaron la llamada “Ofensiva de la Victoria”, que más que una ofensiva fue un paseo triunfal porque los oficiales y soldados del ejército de la República habían abandonado los frentes», José Miguel Santacreu Soler, *Ob. cit.* pág. 2.

<sup>12</sup> La palabra *espuriado* no aparece en el *Diccionario de la lengua española* de la RAE. Sí existe el adjetivo *espurio*, ‘bastardo, ilegítimo’ y también ‘falso, fingido’; en su primer significado ‘que degenera de su origen o naturaleza’ puede aplicarse a una madre, como hace la escritora, aunque generalmente se aplica a un hijo ilegítimo.

<sup>13</sup> Aquí aparece la primera referencia de un narrador en primera persona.

De aquellos barcos que salieron los últimos días de marzo no todos llegaron a Francia. ~~Algunos~~ Unos fueron apresados por los nacionales y volvieron a ~~desembarcar en aguas~~ puertos españoles; ~~otros~~ algunos, cogidos por el Mistral que en aquellos días levantaba sus fantasmas ululantes en el golfo de Lyon, desaparecían para siempre;<sup>14</sup> y otros, luego de una lucha desesperada con el ~~agua~~ viento y el hambre, llegaron a Francia a los quince<sup>15</sup> días de salir de Valencia.

En uno de esos, vine yo.<sup>16</sup>

Cuando al amanecer de una mañana gris de primavera vimos tierra la banda de Francia, todos llorábamos: «¡Francia, es Francia! ¡Estamos en aguas de Francia!».

El barco, tumbado de costado y haciendo agua por todas partes, era remolcado despacio por los canales de un puerto francés.<sup>17</sup> En la fría mañana se abrían balcones ~~que~~ y se asomaban las caras que nos miraban pasar distraídas. No era nada extraordinario un barco que entra ~~en~~ averiado por el temporal...

¡Llegamos! ¡Ya llegamos! El ancla que se tiende... el [*ilegible*]... las maromas... toda la maniobra precisa de un barco que escora...

Algunos señores parecían esperarnos. Hablaban entre ellos, se movían dando órdenes, parecían tomar decisiones.

—Es una comisión que viene a recibirnos... ¿qué harán con nosotros?

—¿Qué van a hacer? No tenemos dinero, pero ya comprenderán que no nos han dejado sacar ni una sortija, ni un cubierto de plata... Dios sabe que no somos desagradecidos y algún día pagaremos lo que hagan por nosotros —dijo una pobre mujer ingenua.

—~~La Cruz~~ El Socorro Rojo<sup>18</sup> nos amparará —determinó otro ingenuo—. Cuando se fueron de España las derechas era el Socorro Blanco<sup>19</sup> el que nos amparaba.

<sup>14</sup> Eso fue lo que a ella le ocurrió en el barco en que viajaba, según le cuenta a su amiga Mercedes Hernández: «Salí el 16 de marzo del puerto de Valencia en la cala de un barco entre otros cientos de desgraciados; nos agarró el Mistral en el Golfo de León y el barco se tumbó casi...» (Buenos Aires, 4 de junio de 1947).

<sup>15</sup> El subrayado es de la autora

<sup>16</sup> A partir de este momento cambia el tono del texto y comienza a narrarse una experiencia personal en primera persona del plural.

<sup>17</sup> Según cuenta Encarna a su amiga Mercedes Hernández (Buenos Aires, 4 de junio de 1947) este barco fue primero remolcado hasta un puerto italiano y desde allí fue llevado a Francia.

<sup>18</sup> El Socorro Rojo fue un servicio social organizado por la Internacional comunista. En España asistió durante la Guerra Civil a la población y a los militares republicanos.

<sup>19</sup> El Socorro Blanco fue una organización creada a principios de 1933 por la Sección Femenina de la Comunión Tradicionalista Carlista. Trabajó en zona republicana durante la Guerra Civil. Su nombre surge por contraposición con el Socorro Rojo.

—O la Cruz Roja... Ya hemos sufrido bastante...

~~Los gendarmes que iban llegando nos inquietaron~~

Las mujeres, con el pelo hecho una pasta de dormir sobre el agua de la bodega,<sup>20</sup> la ropa mojada y la expresión de quien ha vivido dos años de bombardeos y de hambre y quince días de naufragio, mano a mano con la muerte, recogían las pobres ropas mojadas y lo que habían podido salvar de las maletas ~~deshechas~~ rotas y los paquetes deshechos en los días de temporal.

Ya tendían la pasarela ~~hasta~~ desde cubierta hasta tierra, ya entraban varios señores que saludaban al capitán y nos miraban entre curiosos y severos...

¡Dios mío!

El capitán nos mandaba desembarcar inmediatamente. No había mozos ni nadie que nos ayudara a cargar las maletas... cada uno arrastraba como podía los restos de su equipaje hasta un gran ~~almacén~~ local que suponíamos era la aduana... y lo era, porque allí vinieron a registrarnos y a averiguar lo que traíamos...

En cuanto a aquellos señores que nos esperaban en el puerto era ¡la Policía! Pero ¡si nosotros no éramos ladrones ni criminales! Así trataba de explicárselo en claro español una pobre mujer incomprensiva.

—¿Sabe usted, señor? Nosotros hemos salido porque si entraban los fascistas nos matarían... ¡Son muy malos, señor! Bombardeaban a la hora en que salían los niños del colegio o en que estaba una en la cola *pa* coger una miseria de lentejas que es lo que comíamos... A mí me pueden emplear en lo que quieran... sé lavar, coser... guisar un *estofao* o una paella... ¡estoy *acostumbrá* a trabajar...!

—¡*Allez, allez...!*—contestó el policía luego de contemplarla un momento oyendo lo que para él era jergonza absurda—. ¡*Allez!*

Nada de historias. Como un rebaño quedamos agrupados en un rincón del frío local que chorreaba humedad desde las ventanas a la altura del techo bajo las tejas.

Y pasaron horas... tantas, que vimos oscurecerse el día y llegar la noche, sin que nadie viniera a sacarnos de allí. Dos gendarmes paseaban por delante de nosotros hablando entre ellos y lanzándonos miradas desconfiadas.

Cansados, agotadas las fuerzas que nos habían sostenido en quince horribles días de espanto,<sup>21</sup> algunos lloraban sentados sobre sus paquetes mojados. Un hombre viejo habló:

<sup>20</sup> En una carta dirigida a su familia desde Séte, dice Encarna: «... iré al peluquero y ya tengo hora para mañana, porque tengo el pelo convertido en una pasta con la grasa del barco» (Séte-Herault, 5 de abril de 1939).

<sup>21</sup> «... esta noche he dormido ya en cama después de quince días y me he quitado la ropa mojada y pegada al cuerpo con barro...» (carta a su familia, Séte, 1 de abril de 1939).

—No lloréis, mujeres... ¡Nos tomarán por unos cobardes...! Vosotras que habéis visto caer bombas que hacían desaparecer una casa entera en un instante... que habéis pasado hambre y frío y habéis estado a dos dedos de la muerte en el barco ¿vais a llorar ahora? ¡Vamos, que no se diga...! Nos tienen aquí hasta que decidan adónde nos van a mandar para que trabajemos y volvamos a tener una casa... como antes, hijas, como antes... solo que ahora seremos franceses...

—¡Mejor! —aseguró limpiándose las lágrimas una que lloraba— mejor... yo digo que no será difícil aprender a hablar como hablan aquí... y si ellos nos amparan, yo, francesa para *toa* la vida. Pero digo yo que como somos muchos... lo menos habrán entrado en Francia cien mil españoles...

—Más... muchos más... pero ¿eso qué importa? Por muchos que seamos, repartidos por toda Francia no seremos más de cinco o seis en cada pueblo...

—Con tal de que no me separen de mis hijos...

—Ni de mi marido —dijo una vieja.

—Ni de mi padre...

—¿Qué os han de separar, mujeres? ¡Parecéis tontas...! Los hombres que se quedaron en el puerto de Valencia vendrán a reunirse con vosotras... y nada, ¡a trabajar! En todas partes el que sabe trabajar se gana la vida.

—Yo soy panadero —dijo un hombre que había visto en silencio—. Fui oficial de pala muchos años y ahora tenía tres tahonas. Estuve tres años en Francia en mi mocedad y sé francés cómo se trabaja aquí el pan...

—¡Pues en cuanto lo digas ya estás colocado!

—Yo soy modista —dijo una chiquita morena.

—Yo soy relojero —dijo el hombre viejo—. ~~Tenta~~ La mejor relojería de Murcia he tenido... ¡qué se va a hacer! Ahora, a empezar la vida a los 65 años...

—Pero con el oficio aprendido.

—Yo soy naranjero —dijo otro hombre—. ¿Se dan aquí las naranjas?

—¡Pues Ya lo creo! —siguió el buen hombre animoso—. Por esas tierras de Niza es como en Levante...

—Yo soy maestro... Tendré que aprender bien francés... de pedagogía estoy bien...

—Y yo soy alpargatero... siempre trabajé el cáñamo.

—Y yo arrocero.

—Y yo encajera.

—Y yo cigarrera.

—¿Lo ven ustedes? Todos tenemos oficio, todos queremos paz, libertad, igualdad y fraternidad y eso justamente es lo que Francia va a darnos,

porque es lo que hay aquí...<sup>22</sup> ¿No lo han leído ustedes en ese escudo grande que hay en la puerta? A lo mejor no lo han entendido, como está en francés...

Un gendarme encendió las luces y las paredes altísimas y el techo de vigas y tablas teja vana pareció más desolado y húmedo... A poco se abrió el gran portón y de un carromato descargaron montones de paja que repartieron por el suelo de tierra casi encharcado. Y unas mujeres de aspecto monjil repartieron nos dieron una sopa y un trozo de carne.

Luego que comimos, nos mandaron acostar sobre la paja. Los hombres, contra la pared de la derecha; las mujeres, contra la de la izquierda. La luz, que no se apagó en toda la noche, producía alucinaciones bajo los párpados transparentes cerrados... los pasos de los gendarmes recorriendo sin descanso el local irritaba los nervios sobreexcitados... ¡Había que esperar!

Las palabras del animoso compañero daban una tenue esperanza a nuestras vidas... ¡Estaban decidiendo a dónde nos iban a mandar! Cada familia iría tal vez a un pueblo distinto, allí donde su oficio tuviera medios de ejercerse... Pero la verdad era que no nos habían preguntado aún que oficio teníamos... Tal vez mañana...

Al otro día nos mandaron levantarnos y recoger en montón la paja. Venía el médico a vacunarnos... y lo hizo bruscamente, de mal humor... ¿Por qué?<sup>23</sup>

Luego otra vez la Policía a ver nuestros pasaportes y a hacer una ficha de cada uno.

—¿No os lo decía yo? Ahora, sabiendo quiénes somos, decidirán...

Pero no decidieron en todo el día. Nos dieron de comer dos veces... En aquel húmedo local no había un lugar donde satisfacer las más perentorias necesidades... algo dijo un policía al panadero que hablaba francés.

—Dice que, a la noche, cuando esté oscuro, nos dejarán salir un momento por este paseo del canal...

—¡A la noche! Pero ¡Señor, Señor...!

Dormimos otra noche, pasamos otro día y aún una tercera noche... Un niño lloraba todo el día.

—¿Por qué llora?

<sup>22</sup> «Yo siempre había tenido un amor grande por Francia por ser el país de los derechos humanos, de la libertad, de la democracia. Pero luego me di cuenta de que aquello de la libertad, la igualdad y la fraternidad era un eslogan que no era para nosotros. Nos recibieron muy hostilmente, fueron muy inhumanos con nosotros», comenta Ángel Olmedo, uno de los cientos de miles de españoles que cruzaron la frontera en 1939», Diego Barcala, eldiario.es, 19/06/2016, [https://www.eldiario.es/autores/diego\\_barcala/](https://www.eldiario.es/autores/diego_barcala/).

<sup>23</sup> «Hoy estoy fastidiada con la vacuna» (carta a su familia, Sète-Herault, 5 de abril de 1939).

Aquí termina el texto, de forma truncada.

Estos hechos narrados son parte de su biografía. Se puede comprobar en las cartas que Encarnación escribe a su esposo Eusebio y a su hijo Luis; son parte de lo vivido.

La primera parte del texto es una introducción, una reflexión de los difíciles momentos que viven los españoles. El estilo no parece el típico de Elena Fortún, pues está narrando una experiencia dolorosa y por ello se asemeja más a su forma de contar en algunos momentos de *Celia en la revolución*. Es una exaltación de Francia, país que acoge a los desamparados; un lamento por la pérdida de todo lo que se tenía, el lamento de un refugiado. Su matiz nostálgico y las frases exclamativas que expresan emoción, sus aspiraciones, es el propio de sus cartas. El tono cambia a partir de la frase «En uno de esos [barcos] vine yo». Aquí Elena Fortún comienza a narrar los hechos en primera persona del plural. Este *yo* podría descifrar si se trata de unas memorias noveladas o el borrador de una novela. Pero no podemos saber si ese *yo* corresponde a Encarnación Aragoneses, a Elena Fortún o si ese *yo* es ficción y se identifica, por tanto, con su personaje Celia. Las dos, Celia y Encarna, son la misma persona. La escritora se funde con su personaje. Como ejemplo de ello, tenemos una carta a su hijo Luis y a su nuera en la que le narra un resumen de *Celia en la revolución* y les comenta: «Como veis, este libro en que *mi padre es de izquierdas...*».<sup>24</sup> La identificación de Encarna con Celia es absoluta y por ello este *yo* es *Encarna* y también es *Celia*.

Ella, la protagonista, sufre lo mismo que sus compañeros, pero no destaca por encima de ellos. Narra estas vivencias casi distanciándose de ellas, pues no cuenta sus propios problemas y necesidades, sino que hace un *nosotros* de estas desdichas. La escritora está narrando lo mismo que ella vivió; el lugar en el que son confinados los pasajeros del barco es el mismo:

Es este un barracón chorreando agua con montones de paja en los rincones para dormir, donde nos guardan los gendarmes, y no hay ni agua ni retrete. Cada uno resuelve sus necesidades como puede, pero generalmente sobre la paja. No hay más consuelo que la Cruz Roja, que nos visita dos veces al día y trae alimentos y algo de ropa. Un policía que me vio por la mañana en la *Poste*, donde había ido para mandaros una carta, me dijo que si me había creído poder andar por la población, estaba equivocada, que estaba considerada como propagandista y lo iba a pasar mal. Con esto, figuraos el miedo (carta a su familia, Séte-Herault, 2 de abril de 1939).

<sup>24</sup> Buenos Aires, 18 de marzo de 1943. El subrayado es mío.

En este escrito podemos reconocer el estilo de Elena Fortún. Tiene ya una de las características más señaladas: el diálogo. Es este un recurso muy utilizado por la autora, pues casi como en una obra teatral, le sirve para el desarrollo de la acción y para la descripción de sus personajes. Introduce estos diálogos para describir los hechos, novelando así su vivencia, convirtiéndola en literatura. Su optimismo, reflejado en la esperanza de los otros desgraciados personajes es otra de las características de la autora: sus propias emociones y sentimientos quedan reflejadas en esas frases sin terminar que deja en suspenso, con puntos suspensivos, en un suspiro resignado, con la intención de expresar cuántas cosas más necesitaría decir.

Llama la atención el tipo de empleos que se numeran en el diálogo de los acompañantes de Encarna/Elena Fortún/Celia: panadero, modista, relojero, naranjero, maestro, alpargatero, arrocero, encajera, cigarrera. No parece que se trate del tipo de nivel cultural de las personas que consiguieron embarcar en los barcos que partían hacia el exilio desde Cartagena, Valencia o Alicante y que ella misma describe al principio de su texto: periodistas, alcaldes de pueblo, miembros de comités... y las mujeres y los hijos de estos hombres. Se trataba de intelectuales: periodistas, escritores, personas con algún cargo político y sus familias. Dentro de esta categoría, además de estas profesiones, se encontraban los médicos, ingenieros, abogados... Pero en la realidad, se exiliaron personas de diferentes clases sociales, pues cuando Encarna llega a Francia, ella recibe un trato de favor. Ella era escritora y periodista y, por lo tanto, considerada intelectual. Y por ello consiguió en un primer momento salir por el día del barracón, aunque debía volver:

Un señor de la Cruz Roja ha intercedido para que el comisario me dejara salir y estoy en el Hotel Moderne donde algunos más lo han conseguido también [...]. Os escribo sobre un montón de paja, que es donde he dormido en la bodega del barco desde Italia [a] aquí, pues antes solo teníamos el suelo encharcado. De todos modos, he de pasarme aquí el día y solo por la noche puedo estar en el hotel (carta a su familia, Séte, 1 de abril de 1939).

Más tarde todas las personas que estaban con ella consiguieron salir de allí. En esta carta se narra la continuación de las memorias/relato, dando cuenta del destino de sus compañeros de infortunio y del suyo por el momento:

A las dos de la tarde apareció el teniente alcalde y al vernos como estábamos armó un escándalo terrible. La pobre que se volvió loca en el barco

allí estaba, ríe que ríe; dos hombres con las piernas hinchadas; dos niños enfermos y un herido con la herida abierta. Este señor alcalde dijo que era inhumano lo que se estaba haciendo con nosotros y que él asumía toda la responsabilidad que pudiera haber en sacarnos de allí. Los enfermos fueron llevados al hospital, los hombres a un campo de concentración (¡creo que más horrible aún que esto!), las mujeres explicaron su caso una a una. Las que tenían familia dieron sus señas para telegrafiarles y las que no, fueron enviadas a un asilo de ancianos. Al llegarme el turno el teniente alcalde se indignó de lo que habían hecho conmigo y en su mismo coche me trajeron al hotel con todas las maletas, diciéndome que soy libre y tengo derecho a ir y venir por la población sin que nadie se meta conmigo. ¡Figuraos! (carta a su familia, Sète-Herault, 2 de abril de 1939).

El texto transcrito es solamente el comienzo de las penalidades que Encarnación Aragonese tuvo que pasar. Estuvo en Sète desde marzo de 1939 hasta junio del mismo año. Consiguió salir de ese barracón, como se ha podido comprobar; se alojó en un pequeño hotel; después en una casa particular junto a la playa y más tarde en una pensión junto al puerto. Después consiguió un salvoconducto para ir a París donde se reunió con su esposo, que llegó antes que ella. En París estuvieron desde junio de 1939 hasta principio de septiembre, cuando se trasladaron a Burdeos, pues su estancia en París ya no era posible. Burdeos parecía el lugar más adecuado para poder encontrar un barco que partiera hacia Chile, el lugar para el que tenían visado el pasaporte. El 17 de octubre embarcaron desde el puerto de La Rochelle en el *Massilia*, rumbo a Chile, con un pasaporte en tránsito para Argentina. Con ellos, un buen grupo de los llamados *intelectuales* consiguió embarcar por mediación de Pablo Neruda, entonces cónsul de Chile en París; pero al atracar en el puerto de Buenos Aires, Encarna y su esposo tuvieron la oportunidad de desembarcar y quedarse allí, gracias a la intervención y ayuda de su amiga Victorina Durán y de Natalio Botana.

Todas estas experiencias y peripecias debían formar parte del libro *Celia camino del destierro*. Este título es muy revelador pues así se sentía Encarna: desterrada, arrancada de su raíz. La palabra *destierro* expresa para ella algo aún más desgarrador que la palabra *exilio*. Es un fragmento de memorias que escribió para ella misma y que quedó olvidado para no volver a ser retomado.

Solo nos queda este testimonio literario y biográfico, gracias a sus hijos que guardaron estos documentos y que constituyen un legado para todos nosotros para que podamos conocer una pequeña parte de nuestra Historia:

... he de limitarme a contar lo que he visto con mis ojos sin hacer comentarios. Lo cierto es que sería un interesante documento para el porvenir, pues la historia debería ser contada no por los políticos ni los militares, sino el pueblo sencillo que, sin conocer las causas, sufre las consecuencias (carta a sus hijos, Buenos Aires, 14 de enero de 1943).

## BIBLIOGRAFÍA

- Archivo personal de Elena Fortún, Archivo Borau, Biblioteca de la Real Academia Española.
- Diego Barcala, «Los “indeseables”: así fueron acogidos los refugiados españoles», *eldiario.es*, 19/06/2016, disponible en [https://www.eldiario.es/autores/diego\\_barcala/](https://www.eldiario.es/autores/diego_barcala/)
- Marisol Dorao, «Nuevas aportaciones a la bibliografía de Elena Fortún. Escritos de Buenos Aires», *Lazarillo, Revista de la Asociación de Amigos del Libro Infantil y Juvenil*, 2000, n.º 1, págs. 29-38.
- Elena Fortún, *Celia en la revolución*, Madrid, Aguilar, 1987. Introducción de Marisol Dorao.
- Elena Fortún, *Celia madrecita*, Madrid, Aguilar, 1939.
- Elena Fortún, *Celia institutriz en América*, Sevilla, Renacimiento, 2016. Edición de Nuria Capdevila Argüelles.
- Inmaculada García Carretero, «El archivo personal de Elena Fortún en la Biblioteca de la Real Academia. Un fondo desconocido», *Boletín de Información Lingüística de la Real Academia Española*, n.º 11, 2019. págs. 125-166, disponible en <http://revistas.rae.es/bilrae/article/view/284/705>.
- José Miguel Santacreu Soler, «La huida imposible: el fracaso de las gestiones del Consejo Nacional de Defensa en marzo de 1939», *Ebre* 38, n.º 6, 2011, págs. 81-99.
- Dora Schwarzstein, «La llegada de los republicanos españoles a la Argentina», *Clío History and History Teaching*, n.º 19, 2000, disponible en [http://clio.rediris.es/exilio/argentina/exilio\\_argentina.htm](http://clio.rediris.es/exilio/argentina/exilio_argentina.htm)